

# NUEVA HISTORIA ARGENTINA

Alejandro Cattaruzza  
Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Rosario

Juan Carlos Kistner  
Universidad de Buenos Aires, CONICET

Darío Macor  
Universidad Nacional del Litoral

Lactiano de Privilegio  
Universidad de Buenos Aires

TOMO 7

Anahí Bullent  
Universidad Nacional de Córdoba, CONICET

## CRISIS ECONÓMICA, AVANCE DEL ESTADO E INCERTIDUMBRE POLÍTICA (1930-1943)

Joel Horowitz  
St. Bonaventure University, Nueva York

Diego Arias  
Kent University

Director de tomo: Alejandro Cattaruzza

Susana Bejmartino  
Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario, Centro de  
Estudios Sanitarios y Sexuales de Rosario

Marta Zelman  
Universidad Nacional de La Plata, Instituto de Historia de la Universidad Nacional de La Plata

Sylvia Sainza  
Universidad de Buenos Aires, CONICET

EDITORIAL SUDAMERICANA  
BUENOS AIRES

# VI



## *El movimiento obrero*

por JOEL HOROWITZ



mblea en la Unión Obrera Textil, 14-3-1942.



## UN PERÍODO DE CAMBIOS

Durante los años treinta el movimiento obrero cambió con rapidez. El escenario en el cual actuaban las organizaciones de trabajadores se modificó profundamente, y el sistema político tomó nuevas formas, alterando los límites de lo posible. La intensificación de las tensiones ideológicas a escala mundial, a raíz de la difusión del fascismo, tuvo un impacto muy fuerte en la Argentina, al igual que la pérdida de confianza en el modelo liberal. La estructura económica también cambió: la depresión mundial golpeó duro y provocó penurias colectivas e individuales. Una de las respuestas a la crisis fue la intensificación de la industrialización por sustitución de importaciones, que en ciertos sectores, aunque no en otros, se caracterizó por la aparición de fábricas grandes y con sólido capital.

Todo esto tuvo un efecto importante sobre las organizaciones obreras. Los sindicatos "apolíticos" de base artesana quedaron desplazados, y fueron sustituidos por organizaciones que tenían lazos al menos nominales con los partidos, que tendían a ser más

grandes y que trataban de representar a grupos mayores de trabajadores, incluyendo a los no especializados. Como en otras partes del mundo, los problemas para organizar a los obreros semicalificados y no calificados de las fábricas llevaron a los sindicatos a buscar ayuda en el sistema político, de manera cada vez más intensa. Con la ventaja que otorga la visión retrospectiva, la existencia de esta tendencia no debería sorprender; sin embargo, ella ha sido frecuentemente oscurecida por lo que ocurrió luego de 1943.

En muchos sentidos, este camino de aproximación al Estado había comenzado a ser transitado en la década anterior. La dirección en la cual los sindicatos se estaban moviendo puede hoy fecharse con claridad en la década de 1920, aunque estaba lejos de ser evidente para los observadores contemporáneos. Los sindicatos anarcosindicalistas, divididos por oficios en muchos casos, que habían sido el eje del movimiento obrero durante la tremenda agitación de los años que van de 1917 a 1921, habían perdido mucha fuerza hacia 1929. Su apoliticismo los ayudó poco, y tuvieron muchas dificultades en la adaptación a la industrialización creciente, que hacía aumentar el número de obreros semicalificados y no calificados.

El anarcosindicalismo se había transformado en la tendencia dominante, luego de que el anarquismo comenzara un lento declive a partir de 1910. Los *sindicalistas*, al menos teóricamente, evitaban la política en la creencia de que el núcleo importante y doctrinariamente correcto era el sindicato; la revolución, pensaban, llegaría a través de la huelga general. Este rechazo de la política y los constantes roces con los socialistas hicieron que la cooperación con la Unión Cívica Radical fuera factible y atractiva. Los radicales, luego de su llegada al poder en 1916, deseaban expandir su apoyo popular y buscaron aliados entre los sindicatos, pero nunca quisieron formalizar la relación. Además, el rival político principal de los radicales en la Capital era el Partido Socialista, por lo tanto los contactos con cualquier grupo que estuviera dispuesto a tratar con el gobierno de Yrigoyen, y cuyo crecimiento pudiera bloquear a los socialistas, parecían atractivos. Los *sindicalistas* exhibieron una muy pragmática habilidad para crear alianzas informales con los gobiernos radicales mientras, al mismo tiempo, denunciaban la política burguesa.

Uno de los caminos ensayados por el gobierno radical para ex-

tender el apoyo que le prestaban los grupos populares fue auxiliar, o cuando menos tolerar, las huelgas en ciertos sectores estratégicos de la economía, como los ferrocarriles y los puertos, en los cuales había un número significativo de trabajadores argentinos que tenían derecho al voto. La actitud del gobierno, la inflación y las violentas tensiones ideológicas del período posterior a la Revolución Rusa contribuyeron a producir una masiva ola de huelgas, que no fueron detenidas por la represión de la Semana Trágica de 1919. Sin embargo, hacia mediados de 1921 la agitación había demostrado ser demasiado costosa políticamente, e Yrigoyen cambió de rumbo, abandonando el intento de aprovechar las huelgas y otras tácticas similares. A pesar de no desinteresarse por las clases trabajadoras, Yrigoyen y los radicales trataron de conseguir apoyo de otras maneras. La gigantesca ola de huelgas terminó en 1921; una huelga general convocada a fines de mayo de ese año fracasó, y la actividad huelguística se mantendría relativamente baja durante toda la década. Para muchos activistas sindicales, el período 1917-1921 fue el momento paradigmático, y su meta fue recrearlo. Conviene tener en cuenta, por otra parte, que el modelo *sindicalista* comenzó a perder vigor cuando dejó de resultar funcional a las metas de los radicales. Las organizaciones *sindicalistas* necesitaban algún tipo de apoyo externo frente a los sectores patronales intransigentes, pero no podían contar ya con el radicalismo; éste fue un problema que se haría más profundo en la década de 1930.

Un problema adicional fue la existencia de disputas sectarias, que se prolongarían durante los años treinta. Los *sindicalistas* demostraban escasa tolerancia hacia los adherentes a otras ideologías, fueran socialistas, comunistas o anarquistas, lo que llevó a constantes luchas y rupturas. La Unión Sindical Argentina, la confederación controlada por los *sindicalistas*, perdió primero a los socialistas que formaron su propia central, la Confederación Obrera Argentina, en 1926; más tarde, en 1929, los comunistas fundaron el Comité Nacional de Unidad Sindical Clasista. Esta última creación se debió más al cambio de línea del movimiento comunista internacional, que reclamaba ahora una actitud agresiva y alejada de cualquier alianza, que a acontecimientos ocurridos en la Argentina. Quizá más serio fue el rechazo de los *sindicalistas* a la creación de una organización entre los trabajadores ferroviarios, de ajustada disciplina y altamente centralizada, la Unión Ferroviaria.

Su intento de organizar un sindicato alternativo fracasó y le ganó enemigos. Además, la Federación Obrera Marítima, que había sido su sindicato más fuerte, sufrió severas derrotas en la década de 1920, y nunca se recuperó.

También la economía empezó a cambiar a fines de los años veinte, aunque la naturaleza de esa transformación fue imperceptible para muchos contemporáneos. Las grandes fábricas estaban comenzando a coexistir con el taller artesano. Los sindicatos por oficio tradicionales tenían dificultades para incorporar a los trabajadores en las fábricas más grandes, que incluían muchos obreros sin calificación, quienes no se habían iniciado en la tradición de la sindicalización. Estas tendencias se hicieron más intensas durante los años treinta.

## LA UNIÓN FERROVIARIA

Un nuevo tipo de organización sindical había aparecido con la fundación de la Unión Ferroviaria en 1922. Su alcance era nacional, pero el poder se encontraba altamente centralizado y la Comisión Directiva controlaba a las autoridades locales, limitando estrictamente sus actividades; sus dirigentes casi siempre pusieron a su sindicato por encima de las ideologías o los partidos políticos. Los líderes usaban su poder para hacer respetar la disciplina de trabajo en la red ferroviaria: aunque dispuestos a demostrar su capacidad de interferir en el flujo de mercancías a través, por ejemplo, del trabajo a reglamento que atascaba el tráfico ferroviario, eran reticentes a hacer colapsar por completo el sistema. Estas estrategias los transformaron, en no mucho tiempo, en interlocutores aceptables para las compañías ferroviarias y, lo que era más importante, para el gobierno, que encontraba mucho más fácil lidiar con el sindicato que con la posibilidad de interrupción del tráfico ferroviario. Esta lección se trasladó a los años treinta.

El gobierno de Alvear ayudó a la Unión Ferroviaria a obtener beneficios muy importantes de las compañías; los salarios y las condiciones de trabajo mejoraron notoriamente y los ferroviarios se transformaron en una elite. Ellos ofrecían al gobierno algo crucial, como era el orden en las líneas ferroviarias, y así se transformaron en una fuerza muy poderosa. Hacia 1929, llegaban a las 63.485 cuotas mensuales pagadas, según consignaba la *Memoria*

y balance de la *Comisión Directiva* correspondiente a 1930. Esa cifra igualaba la alcanzada por la FORA del IX Congreso, la confederación *sindicalista*, en su mejor momento.

Sin que resulte sorprendente, la Unión Ferroviaria y su sindicato hermano, La Fraternidad, que agrupaba a los maquinistas, se convirtieron en el modelo para muchas organizaciones sindicales. No obstante, sus éxitos fueron difíciles de repetir, ya que pocos sindicatos podían ofrecer al gobierno lo que garantizaban los ferroviarios. Sus áreas no eran estratégicas y con frecuencia no había involucrados tantos votantes potenciales. También pocos sindicatos estaban tan dispuestos a pasar por alto las cuestiones políticas. En la década de 1920, aquellas dos organizaciones fueron únicas y, aunque su éxito no llegó a ser repetido en los años treinta, otros sindicatos hicieron intentos de seguir sus pasos. Las victorias de la Unión Ferroviaria pronto la transformaron en el sindicato más poderoso del país.

## UN INTENTO DE UNIDAD DE 1928

La oportunidad para que la Unión Ferroviaria actuara como fuerza dominante en el movimiento obrero llegó a causa de una de las periódicas campañas por la unidad. Hacia 1928, una organización nacional de trabajadores gráficos llamó a la unificación del movimiento obrero, y dos de las cuatro confederaciones sindicales respondieron favorablemente: la Confederación Obrera Argentina y la Unión Sindical Argentina. Los comunistas y los anarquistas permanecieron fuera de la acción unitaria. Esa campaña para crear la Confederación General del Trabajo sembró la semilla de futuros problemas: algunos de los líderes socialistas de la Confederación Obrera Argentina resistían la idea de la unidad, y en las elecciones internas la posición de quienes en cambio la sostenían ganó sólo gracias al uso del fraude electoral. Luis Cerruti, ferroviario y primer secretario general de la CGT, señalaría años más tarde: “¡La unidad de la clase trabajadora la he hecho yo!”. Pero, por otra parte, no quedó establecido ningún calendario para regularizar la estructura de la confederación, y esta circunstancia finalmente llevaría a su quiebre en diciembre de 1935. Formalmente, la CGT no se constituyó hasta después del golpe de setiembre de 1930.

Buena parte de los años veinte habían sido prósperos, pero la



tendencia cambió radicalmente durante el año dramático de 1929. La depresión, desde ya, intensificó todos los antiguos problemas de la clase obrera y de los sindicatos; la desocupación creció, y los empresarios aprovecharon la situación para bajar salarios y cambiar condiciones de trabajo. Hasta el empleo estatal dejó de ser un refugio seguro, dado que los sueldos se pagaban sistemáticamente tarde. Las tensiones ideológicas crecieron: estibadores anarquistas y *sindicalistas* se tirotearon en el intento de mantener sus respectivas cuotas de trabajo en los puertos de Rosario y Buenos Aires. A su vez, el cada vez más débil gobierno de Yrigoyen no estaba en posición de auxiliar a los trabajadores. Sin embargo, y a pesar de estos problemas, algunos integrantes del movimiento obrero estuvieron entre los pocos sectores de la sociedad que intentaron proteger al gobierno constitucional. El líder ácrata Diego Abad de Santillán sostendría, muchos años más tarde, que algunos líderes anarquistas y *sindicalistas* planearon una huelga general para defenderlo, aunque fallaron en su intento. Los sindicatos no estaban en condiciones de lanzar una huelga general exitosa, ya que eran demasiado débiles y políticamente marginales.

## LUEGO DEL GOLPE DE SETIEMBRE

El movimiento obrero enfrentó simultáneamente dos crisis de importancia. Por una parte, la depresión creó desempleo en gran escala; algunas villas miseria aparecieron rápidamente, mientras se organizaban colas de inmigrantes ante las embajadas, con la esperanza de ser repatriados. Responder con éxito a una crisis económica de tal profundidad hubiera sido casi imposible para los sindicatos aun en circunstancias muy favorables, y las que reinaban, en cambio, estaban muy lejos de ser buenas. Durante el régimen de Uriburu se impuso la ley marcial y luego el estado de sitio; los sindicatos anarquistas y comunistas fueron rápidamente empujados a la clandestinidad y, al menos temporariamente, dejaron de funcionar en los hechos. Sus líderes fueron encarcelados, torturados u obligados a exiliarse, mientras se hostigaba también a otras organizaciones obreras. Más de trescientos extranjeros que el régimen consideraba peligrosos fueron deportados, y tuvieron lugar al menos cinco ejecuciones bajo la ley marcial. Se creó, además, la infame Sección Especial de la policía, con el objetivo de

extirpar el comunismo. Claramente, se trataba de una nueva etapa en la violencia dirigida por el Estado: fue el primer intento sistemático de suprimir ideologías y prácticas a través de la violencia estatal.

En general, la actividad sindical se hizo difícil. De acuerdo con el importante dirigente de los trabajadores gráficos, René Stordeur, por ejemplo, el sindicato estaba sosteniendo una gran huelga contra la empresa Fabril Financiera en los días inmediatamente anteriores al golpe. Luego del 6 de setiembre, el jefe de Policía manifestó al gremio: “Este escándalo se ha terminado, se acabó la huelga”; los dirigentes se sintieron compelidos a darle fin. Esta situación no fue, en modo alguno, singular: un gran número de empresas utilizó la represión general existente para rebajar salarios, cambiar condiciones de trabajo y despedir trabajadores. Quienes protestaban, en esa coyuntura, podían ser fácilmente reemplazados. La empresa norteamericana Unión Telefónica comenzó con los despidos el mismo día del golpe, y ellos tuvieron como víctimas, en particular, a los dirigentes sindicales, entre quienes estaba Luis Gay, el secretario general de la Federación Obreros y Empleados Telefónicos.

Los sindicatos pudieron hacer poco y aun la simple celebración de reuniones era difícil. No obstante, a aquellas organizaciones que el gobierno no consideraba demasiado peligrosas se les permitió funcionar en un nivel mínimo, realizando las reuniones dentro de locales cerrados, por ejemplo. Pocos días después de la toma del poder por los militares, se constituyó oficialmente la CGT con la fusión de la USA y de la COA. Se estableció que el Comité Ejecutivo se conformaría con igual cantidad de representantes de ambas organizaciones, y no se determinó ninguna forma de cambiar esa disposición; tal circunstancia abrió el camino para problemas posteriores.

A pesar de que la tendencia dominante en el gobierno veía en la pura represión la mejor política para seguir con el movimiento obrero, existía una segunda tendencia, corporativista, cuya presencia brindó la oportunidad para que ciertos sindicatos intentaran alguna acción en común con el Estado. Los corporativistas creían que el papel estatal en las relaciones laborales debía ser importante, y que los sindicatos tenían un lugar en el proceso, pero siempre subordinados al Estado. El más notorio de estos funcionarios era el presidente del Departamento Nacional del Trabajo, Eduardo

Maglione, quien desde su cargo trató de evitar que las firmas sacaran ventaja de la situación política y económica a expensas de los trabajadores, empeorando de ese modo los problemas de desempleo. Sin embargo, el poder del DNT era muy limitado: Maglione, por ejemplo, trató de forzar a la Unión Telefónica a aceptar algunas concesiones favorables al sindicato, pero la compañía lo ignoró. A ello se sumaba que Maglione no contaba con la cooperación plena del resto del gobierno, en particular de quienes conducían la Policía, cuyas acciones tuvieron una incidencia mucho más amplia que la del DNT en la vida cotidiana de las organizaciones obreras.

A pesar de la actitud de Maglione, fue éste un período verdaderamente sombrío para los sindicatos y para los trabajadores. Las pocas huelgas que ocurrieron fueron actos de desesperación, con muy reducidas posibilidades de éxito. Más de las tres cuartas partes de las huelgas que tuvieron lugar en Buenos Aires a lo largo de 1931 fueron derrotadas, y aquellas que fueron exitosas o llegaron a soluciones negociadas involucraron a menos de 800 trabajadores.

Las implicancias a largo plazo de esta etapa extremadamente difícil fueron también amplias. La CGT recomenzó su política de cooperación con el gobierno, aun con un gobierno que apenas estaba dispuesto a dar alguna pequeña ayuda. Este hecho reflejaba varios fenómenos diferentes: los *sindicalistas* habían desarrollado, durante los gobiernos radicales, el hábito de depender del gobierno; la Unión Ferroviaria, gracias a su reputación, podía casi siempre acceder a los despachos de los funcionarios oficiales. Ella dominaba la CGT, y la dotaba de una cierta credibilidad. Así, rápidamente, la CGT se transformó en un interlocutor aceptado por el régimen, interviniendo a menudo en los intentos de liberar presos o de permitir la actividad normal de los sindicatos. La dirigencia de la CGT fue duramente criticada por humillar públicamente a la organización, al alabar la imposición de la ley marcial a cambio de obtener la conmutación de la pena de muerte dictada contra tres choferes anarquistas. En realidad, dadas las circunstancias generales, la dura represión y su creencia en el valor de la vida humana, no le quedaban muchos caminos. No obstante, la CGT pudo hacer poco, más allá de aliviar apenas la situación miserable de los trabajadores.

A su vez, la represión dio una nueva forma al movimiento obre-

ro. El anarquismo, ya declinante, nunca se recuperó de la represión inmediatamente posterior al golpe y durante los años treinta fue apenas una fuerza marginal. Los cambios en las formas de trabajo contribuyeron a desplazar a los anarquistas, quienes habían sido fuertes en sectores como el de los carreteros, que cada vez se tornaba más anacrónico. Sobre los comunistas, la represión tuvo un impacto mucho menos dramático. Aunque sus organizaciones también fueron empujadas a la clandestinidad, la existencia de una estructura partidaria les permitió sobrevivir. El partido distribuyó militantes a lo largo del país para agrupar a los trabajadores: Rufino Gómez, por ejemplo, fue enviado por el PC a Comodoro Rivadavia, donde organizó en primer lugar células del partido, antes de intentar la creación de un sindicato entre los obreros del petróleo. Gracias a este tipo de tácticas, los sindicatos dirigidos por comunistas estuvieron en condiciones de reaparecer luego de que la represión se aquietó, durante la presidencia de Justo.

### LOS AÑOS INICIALES DEL GOBIERNO DE JUSTO

Para muchos sindicatos, la situación mejoró rápidamente cuando el general Justo asumió la presidencia, en febrero de 1932. Si bien la situación económica no cambió inmediatamente, la represión extendida y masiva se aplacó, haciéndose esporádica y algo menos dura, y los sindicatos que no eran percibidos por el gobierno como una amenaza al orden podían operar con relativa libertad. Desde la perspectiva sindical, la dificultad consistía en tratar de calcular qué era aquello que el gobierno consideraba una amenaza. Y un problema que persistía era que muchos empleadores continuaban prefiriendo no tratar con los sindicatos, lo que hacía necesaria para los trabajadores al menos la neutralidad del Estado, cuando no su intervención activa.

Los sindicatos que crecieron más rápidamente fueron aquellos que tenían conexiones políticas, pues contaban con una fuerza externa que podía proporcionar ayuda, propaganda, lugares para las reuniones y dinero. El gobierno, en buena parte compuesto por radicales antipersonalistas, había aprendido algunas de las cruciales lecciones de la era precedente y reconocía que, en ocasiones, era más fácil forzar a la patronal a hacer concesiones que enfrentar las

dificultades creadas por las huelgas o la agitación. Sin embargo, era necesario llamar la atención del gobierno, y aunque tal cosa podría haberse logrado a través de las huelgas o la presión política, se trataba siempre de un juego peligroso. El régimen nunca definió las reglas de ese juego, y los sindicatos no sabían qué era lo que podía traerles asistencia y qué, en cambio, acarrearía la represión. Por otra parte, los diferentes sectores gubernamentales no siempre trabajaban juntos. El Departamento Nacional del Trabajo, con su conocimiento incomparable de la situación laboral, era con frecuencia bastante favorable a los sindicatos, pero le faltaba el poder para forzar la cooperación de las compañías o de otras ramas del gobierno. Las actitudes de estas últimas variaban ampliamente entre sí.

A su vez, los sindicatos del interior, en general, debieron afrontar dificultades mucho mayores que los de la Capital, si bien fueron más activos de lo que habitualmente se ha pensado. El DNT sólo tenía jurisdicción sobre la ciudad de Buenos Aires y los territorios nacionales. Las condiciones económicas fueron, a grandes rasgos, todavía peores en las provincias; al mismo tiempo, dado que el fraude electoral solía ser frecuente en el interior, se prestaba menos atención a la opinión pública. Esta última circunstancia permitía también que la violencia se aplicara mucho más a menudo que en la Capital.

A comienzos del gobierno de Justo, en el movimiento obrero tenían preponderancia los sindicatos que pertenecían a la CGT. La única estadística real para Buenos Aires, de setiembre de 1932, fue realizada por la Liga Patriótica Argentina, una agrupación de extrema derecha, pero probablemente la información tuviera su origen en fuentes policiales. La Liga afirmaba que 132.000 trabajadores estaban afiliados a los sindicatos, aunque cerca de 83.100 de ellos pertenecían a organizaciones nacionales, cuyos miembros estaban dispersos por el país, siendo la mayoría de la Unión Ferroviaria. Un porcentaje abrumador, el 82,6%, pertenecía a la CGT; los miembros de sindicatos autónomos eran el 7,6%, así como quienes pertenecían a la FORA (anarquista) y sólo el 2,3% correspondía a los agrupamientos comunistas. Con claridad, los sindicatos mayores eran los del transporte, y sólo unos pocos obreros industriales estaban organizados.

La disminución inicial de la represión, que Justo utilizaba para diferenciarse del gobierno uriburista, permitió que los trabajado-

res aprovecharan la ocasión para tratar de reconquistar el terreno perdido durante los años anteriores, cuando una huelga equivalía a una derrota casi cierta o a algo peor. Así, en 1932 se produjo una intensa ola huelguística, con más conflictos y participantes que en cualquier otro año del período en consideración. Los resultados revelan por qué el movimiento no continuó: de acuerdo con el DNT, casi las tres cuartas partes fueron derrotadas.

Esas huelgas fueron, en su mayoría, intentos desesperados de recuperación de lo perdido, y dada la aún complicada situación económica, sus desenlaces eran predecibles. La respuesta del gobierno dependía mucho de la posición del sindicato en la estructura económica, de su visibilidad para sectores amplios de la sociedad y de la filiación política de sus líderes. Si bien la mayoría de las organizaciones sindicales eran sencillamente ignoradas por el gobierno, otras enfrentaron una dura represión, y unas pocas elegidas contaron con la intervención activa, que ayudaba a resolver conflictos en términos que no eran desfavorables.

Cuando, por ejemplo, en 1932 los comunistas condujeron a los petroleros a la huelga en Comodoro Rivadavia, el gobierno respondió con una represión masiva, que incluyó encarcelamientos y deportaciones en gran escala. Ello reflejaba la importancia de la industria, el papel de los comunistas, y también la escasa visibilidad del conflicto para la opinión pública. El gobierno de Justo, como sus predecesores, tendía a responder más duramente ante las huelgas producidas lejos de Buenos Aires; así, el mismo año, cuando los trabajadores telefónicos lanzaron una huelga contra la Unión Telefónica, impopular empresa norteamericana, la reacción fue muy diferente. A pesar del constante corte de líneas de teléfonos, que incluyó las que conectaban la Casa Rosada con Campo de Mayo, luego de 52 días de duro conflicto el gobierno ayudó a imponer una solución, que si bien no resolvía los problemas del sindicato, al menos le permitió sobrevivir.

¿Por qué fue ésta la postura estatal? En parte, porque la compañía era impopular, era norteamericana y no contaba con muchos defensores locales. Pero también porque la organización estaba dirigida por los *sindicalistas*. Los antipersonalistas que formaban parte del régimen sabían que con tales organizaciones podían trabajar, y que su crecimiento no habría de golpearlos políticamente, dado que no tenían filiación partidaria. Además, el sindicato había estado dispuesto a aceptar la mediación del gobierno y trató con



*Asamblea de empleados de comercio; sentado en la primera fila,  
Ángel Borlenghi, 13-5-1939.*

fervor de evitar la huelga, pero la compañía se había mostrado intransigente. También contó el deseo de distinguirse de la gestión uriburista: el justismo necesitaba exhibir su buena voluntad hacia el movimiento obrero en una huelga muy visible.

Esta actitud de dos caras se prolongó durante todo el período neoconservador, si bien a partir del ascenso de Castillo, a comienzos de los años cuarenta, el gobierno se mostraría cada vez más adverso. La mayoría de los sindicatos no contó con el apoyo ni la hostilidad gubernamentales, pero debió enfrentar a los empresarios en un marco caracterizado por una sobreoferta de mano de obra, y con una fuerza policial que buscaba, por sobre todo lo demás, garantizar el orden. Se explica, entonces, que el número de huelgas descendiera en 1933.

Los sindicatos que lograron un desempeño adecuado en los años iniciales de la gestión de Justo tenían conexiones con el Partido Socialista. El curioso equilibrio que el régimen trató de encontrar

entre una apariencia democrática y su dependencia del voto fraudulento, hizo crecer la importancia de los socialistas. Mientras los radicales, todavía el mayor partido del país, se abstuvieron de participar en los procesos electorales, las fuerzas del gobierno necesitaron del Partido Socialista para obtener ciertos aires de legitimidad y para que las apoyara en ciertas cuestiones cruciales: la Concordancia era inestable, y el Partido Socialista contaba con 43 diputados. Por lo tanto, el gobierno neoconservador estaba dispuesto a proporcionarle ayuda en materias que no consideraba vitales, pero que sí eran decisivas para los socialistas.

En 1932, la Federación de Empleados de Comercio, que tenía estrechos lazos con el Partido Socialista y dirigía Ángel Borlenghi, un hombre políticamente muy hábil, comenzó una serie de campañas políticas. Esas campañas buscaban compensar el hecho de que era difícil organizar a los empleados de comercio, ya que estaban dispersos, a lo largo de grandes áreas, en innumerables negocios. Los comercios en los cuales los trabajadores estaban organizados podían sufrir una competencia desventajosa por parte de aquellos en los que no había presencia sindical, ya que sus costos laborales eran más altos. Además, muchos empleados de comercio se concebían a sí mismos como miembros de la clase media; si bien sus salarios y sus condiciones de trabajo no eran, con frecuencia, mejores que los de la clase obrera, tendían a ser reticentes a sindicalizarse o a realizar una huelga. Borlenghi percibió que a través de la presión política el gobierno podía ser inducido a establecer mejores condiciones de trabajo. Todos los comercios, y no sólo aquellos en los que la organización era fuerte, deberían entonces aceptar las mejoras, y el papel del sindicato sería ayudar a que las leyes fueran aprobadas y hacerlas cumplir. Las mejores condiciones llevarían así a los empleados a afiliarse.

La Federación de Empleados de Comercio creó, en 1932, una confederación nacional de sindicatos del sector, con la intención de movilizar apoyos a escala nacional para la sanción de leyes laborales. Borlenghi y la Federación tuvieron un éxito sorprendente. Una serie de manifestaciones en todo el país recibió respaldo de miembros de todas las fuerzas políticas importantes. Fueron aprobadas dos leyes, que a pesar del reclamo de la Federación, quedaron limitadas a la Capital: una que establecía el llamado “sábado inglés”, que fijaba una semana laboral de cinco días y medio, y otra que obligaba a los comercios a cerrar a las ocho de la noche,



lo que limitaba las largas jornadas de trabajo. Con mayor dificultad fue promulgada una reforma del Código de Comercio, de extensiones nacionales, que hizo más difíciles los despidos. Estas exitosas campañas, cuyo resultado era dependiente de la cooperación de la Concordancia, no sólo mejoraron las condiciones para los empleados de comercio y para otros trabajadores, sino que también permitieron el crecimiento de la Federación, que se expandió desde algo menos de 1.000 miembros en 1932 hasta unos 18.000 en 1936; también se transformó en una organización en verdad nacional.

La Unión Obreros Municipales, en la que predominaban los socialistas, fue otro sindicato que logró un buen desempeño en aquellos años. Contribuyó a ello el hecho de que el intendente de Buenos Aires necesitara la cooperación del Concejo Deliberante, donde los socialistas eran una fuerza muy importante.

Sin embargo, el éxito de estos dos sindicatos fue una excepción. La mayoría todavía enfrentaba los problemas creados por la mala situación económica, por la hostilidad empresarial y por la indiferencia del gobierno, esto último en el mejor de los casos. Aun la organización más fuerte, la Unión Ferroviaria, tuvo serias dificultades. Hacia 1932, era el único sindicato verdaderamente grande. Decía representar a todos los trabajadores de los ferrocarriles con la excepción de maquinistas y fogoneros, y en aquel año promediaba los 67.799 cotizantes de cuotas sindicales; el número total de ferroviarios afiliados a la Caja de Jubilación del sector era de 138.441, incluyendo a directivos y a maquinistas. La depresión golpeó a los ferrocarriles con dureza, y como los salarios eran un porcentaje significativo de los costos totales, las compañías apelaron a los despidos durante el período de Uriburu, aunque no está clara la envergadura de esas medidas. De todos modos, los intereses del sindicato y del gobierno coincidían: el gobierno no quería ver crecer la desocupación, sin duda alarmado por el potencial impacto social y político, y tampoco lo deseaban, naturalmente, las organizaciones ferroviarias. La administración continuaba viendo a los sindicatos como los mejores garantes de la relativa paz en los ferrocarriles. Así, bajo una considerable presión gubernamental, las compañías y las dos organizaciones sindicales elaboraron soluciones por separado, que efectivamente reducían salarios aunque de manera parcialmente camuflada y temporaria, a cambio del fin de los despidos. La importancia de este compromiso en el lar-

go plazo, más que en la demostración de la envidiable posición de los ferroviarios si se la compara con la de otros trabajadores, residió en el malestar y la inquietud que las reducciones generaron en las bases de la Unión Ferroviaria.

El descontento se agravó durante los años iniciales del régimen de Justo. Una vez más, las compañías insistieron en una rebaja de sueldos; la dirección de la Unión Ferroviaria se dividió entre quienes estaban dispuestos a aceptarla y aquellos que sostenían que ya se habían realizado demasiadas concesiones. Los partidarios de la primera posición ganaron, desconociendo un congreso especial del sindicato; las medidas fueron más tarde confirmadas en gran parte por un arbitraje en el que el mismo Justo estuvo involucrado. Mientras los ferroviarios eran forzados a hacer concesiones, en retribución estuvieron en condiciones de protegerse de los despidos. El propio hecho de que Justo participara en un arbitraje señala la importancia de los ferroviarios.

Sin embargo, los disidentes utilizaron el descontento en las bases para tomar el control del sindicato. Y a la modificación en la dirección de la Unión Ferroviaria correspondió, dada su importancia, un cambio en la distribución del poder dentro de la CGT: los *sindicalistas* fueron marginados.

Aunque las fricciones entre los líderes de la Unión Ferroviaria habían existido desde fines de los años veinte, recién cristalizaron durante las disputas libradas en torno a la baja de salarios. Las facciones principales eran dos; los contemporáneos denominaron "sindicalistas" a la facción que tenía el poder, en tanto que los rebeldes fueron llamados "socialistas", pero las etiquetas eran engañosas. Había miembros del Partido Socialista en ambos bandos, y las diferencias de opinión claras fueron escasas hasta 1932-1933. Aunque los "socialistas" estaban más próximos al PS, ambos grupos estaban dominados por hombres que creían que los partidos políticos debían mantenerse al margen de los asuntos sindicales. Pero existían otras diferencias y otras áreas de tensión: quienes tenían el poder no deseaban compartirlo, y los que estaban fuera lo querían para sí mismos. La rivalidad entre los representantes de los trabajadores de las dos compañías más grandes también jugaba; Antonio Tramonti y otros líderes de los trabajadores del Ferrocarril Sud siempre habían dominado el sindicato, y los hombres con base en el Central Argentino creían que no tenían la cuota de poder que les correspondía. En 1934, la facción "socialista",

liderada por José Domenech, se hizo del control de la Unión Ferroviaria, abriendo una etapa de confrontación dentro de la CGT.

Así, cuando hasta su organización más fuerte atravesaba dificultades severas, el movimiento obrero sólo podía esperar un cambio favorable una vez que la economía hubiera mejorado lo suficiente como para poder arrancar cierto poder de manos de los empresarios. Hasta entonces, era muy fácil reemplazar a los trabajadores que se plegaban a una huelga, y muchas compañías estaban al borde de la quiebra. Hacia 1934-1935, la economía urbana comenzó a recuperarse de los efectos de la depresión, y la política económica favoreció la sustitución de importaciones y la afluencia de capital extranjero. La tendencia, iniciada en los años veinte, de coexistencia de pequeños establecimientos con otros mayores se intensificó. Hacia 1935, había 722 fábricas con más de 101 trabajadores, que empleaban a 223.520 personas; en 1941, la cifra había crecido hasta los 1.130 establecimientos, con 366.882 trabajadores. Sin embargo, el número de pequeños establecimientos continuó su expansión y a menudo ellos operaban junto con los grandes en algunas industrias. En la industria de la seda artificial, por ejemplo, el hilado se hacía en grandes fábricas multinacionales, mientras que el tejido se ejecutaba en compañías nacionales de tamaño considerable y en diminutos talleres con uno o dos telares. Habitualmente, se entendía que en las grandes fábricas la organización sindical era más fácil que en los establecimientos pequeños.

La declinación de la importancia relativa de la pequeña empresa tuvo consecuencias diversas. El papel de los trabajadores calificados se tornó menos crítico, dado que los semicalificados y no calificados eran cada vez más. También creció el número de trabajadores industriales sindicalizados. Estas tendencias dañaron severamente a los *sindicalistas*, que tenían su base principal entre los obreros calificados de establecimientos pequeños. Por otra parte, la más importante organización de orientación *sindicalista*, la Federación Obreros Marítimos, declinaba desde sus derrotas de los años veinte. El *sindicalismo* estaba perdiendo posiciones tanto en algunas industrias que dejaban de ser artesanales para introducir máquinas —por ejemplo, en la fabricación de muebles— como en los ferrocarriles. Los lazos que había cultivado diligentemente con radicales y antipersonalistas en los años veinte eran menos importantes; la UCR, fuera del poder, podía ofrecer poca ayuda concreta

y nunca había provisto el tipo de auxilio institucional —locales, propaganda— que partidos como el Socialista o el Comunista brindaban regularmente. El antipersonalismo, que formaba parte del oficialismo, entendía que necesitaba poco de la aproximación a las fuerzas obreras, dado que no podía ganar las elecciones en la ciudad de Buenos Aires. Fuera de la Capital, la Concordancia solía depender del fraude y, por lo tanto, no necesitaba buscar votos por otros caminos. Sin embargo, el oficialismo podría haber procedido de otro modo: en 1931, cuando las reglas de juego político todavía estaban indefinidas, los conservadores de la provincia de Buenos Aires habían ubicado en su lista de candidatos a diputados a dos miembros de la Unión Ferroviaria. Uno de ellos, Bernardo Becerra, había tenido un papel central en el sindicato desde su fundación, e incluso había sido su vicepresidente. Aunque ambos fueron elegidos, Becerra, el más conocido, murió antes de asumir el cargo. Los conservadores nunca profundizaron este experimento, al parecer exitoso. Sin duda lo consideraron innecesario, dado que los votos podían ser “producidos” de otros modos.

### LA CUESTIÓN DE LA UNIDAD

Dentro del movimiento obrero argentino ha existido un mito que indica que el estado “natural” de las cosas en el movimiento sindical es el de unidad. Las numerosas tentativas de alcanzarla, sin embargo, siempre fallaron a causa de la incompatibilidad producida por las diferencias ideológicas o por choques personales. Por otra parte, las confederaciones tenían poco que ofrecer a las organizaciones afiliadas y no contaban con medios para disciplinar a los rebeldes. Pocos sindicatos tenían alcance nacional y las confederaciones tendían a centrarse en Buenos Aires, prestando poca atención a los problemas existentes en las provincias. La CGT tuvo los mismos límites que sus antecesoras. A pesar de sostener que había conseguido la unidad del movimiento obrero, fuerzas importantes permanecieron fuera de ella: los anarquistas, que estaban en decadencia, no se incorporaron y continuaron en la FORA. Tampoco lo hicieron los comunistas, que mantuvieron su Comité Nacional de Unidad Sindical Clasista; a diferencia de los anarquistas, los comunistas estaban en crecimiento luego de que disminuyera la represión uriburista, gracias a la ayuda del partido. A

pesar de todo, hacia 1934-1935 tanto la organización anarquista como la comunista eran pequeñas. El verdadero problema estaba dentro de la propia CGT y consistía en la rivalidad entre los llamados socialistas y *sindicalistas*.

Los *sindicalistas* sostenían que el movimiento obrero debía mantenerse próximo al gobierno, pero ajeno a la política de partido; los socialistas, en cambio, entendían que debía establecerse una distancia mayor con la administración y admitían la participación política. Las rivalidades y las alianzas personales fueron a menudo de importancia central, y la falta de tolerancia exacerbó las diferencias y elevó las tensiones, en particular a medida que los socialistas crecían y los *sindicalistas* se debilitaban. Este cambio en la relación de fuerzas no se reflejaba en la estructura del Comité Confederal de la CGT, establecida al momento de la creación, que otorgaba igual representación a las confederaciones fundadoras y algunos lugares a las organizaciones autónomas. Sin embargo, no había tenido lugar ningún congreso que estableciera un ajuste en esa estructura. Así, tres *sindicalistas* representaban a varios sindicatos, aun cuando sus propias organizaciones estuvieran disueltas. Al mismo tiempo, no se permitía a la Unión Ferroviaria reemplazar a sus representantes en el Comité, de modo que en el cuerpo no se traducían el cambio ocurrido en la composición de la Comisión Directiva del sindicato. Los *sindicalistas* sólo podían mantener el control de la CGT porque los representantes de la Unión Ferroviaria que los apoyaban había roto la política de los primeros tiempos, cuando todos los ferroviarios votaban como un bloque. Este quiebre de la solidaridad mostró la crudeza de las luchas internas de la Unión Ferroviaria.

Ambas facciones creían que el tamaño y el desempeño de la Unión Ferroviaria les daban el derecho de dirigir la CGT. Las disputas dentro de la Unión Ferroviaria y del movimiento obrero en general se cruzaron y se potenciaron; estaba claro que quien controlara la Unión Ferroviaria controlaría la CGT. Esta pelea por el manejo de la central tuvo lugar a pesar de que su papel y su poder fueran restringidos. Su función se limitaba, esencialmente, a interceder ante el gobierno en favor de huelguistas presos y a dialogar con la administración en nombre de los sindicatos pequeños y de industrias poco importantes, que no llegaban a conseguir audiencias.

Los líderes *sindicalistas* estaban demasiado ansiosos por figu-

rar entre los grupos que el gobierno consideraba aceptables, si se tiene en cuenta lo escaso de los beneficios recibidos. Dos de los sindicalistas clave en la CGT, Alejandro Silvetti y Andrés Cabona, habían recibido empleos de bajo nivel del gobierno y comenzaron a representar a la Asociación de Trabajadores del Estado. Las razones profundas de este arreglo, si es que las había, son desconocidas.

A fines de 1933, algunos grupos del movimiento obrero, en su mayor parte socialistas, comenzaron a presionar para obtener una declaración que denunciara los peligros del fascismo en la Argentina. Después de que algunos de los miembros de la Junta Ejecutiva de la CGT se reunieran con el presidente Justo, la propia Junta hizo pública una declaración en la que alababa los intentos del gobierno por promover la democracia, sosteniendo que no existían en la Argentina las condiciones que habían conducido al fascismo. El Comité Central, más amplio, atacó la declaración, pero sus objeciones se dirigieron más a los socialistas y a sus intentos por tomar el control de los sindicatos que al fascismo o a la Junta Ejecutiva. La adulación al poder por parte de los *sindicalistas* no los favoreció. En los años treinta tenían poco que ofrecer al gobierno: controlaban sólo algunos sindicatos y se estaban debilitando, y como la política había cambiado, era más importante la apariencia de legitimidad que brindaban los socialistas que los votos que ellos hubieran podido aportar.

Dentro del movimiento obrero, los socialistas —que en muchos casos lo eran sólo nominalmente y no estaban afiliados al partido— deseaban ver reconocida su nueva fuerza en la confederación nacional. Compartían la aversión a los *sindicalistas* y buscaban poner distancia con un gobierno que no era democrático, ni amistoso hacia los trabajadores. En las disputas con los *sindicalistas* también fueron factores importantes los viejos resentimientos: los roces habían existido siempre entre quienes seguían más estrictamente cada una de las líneas ideológicas, y en las décadas previas, cuando los *sindicalistas* dominaban las confederaciones, excluían de sus congresos a quienes hubieran ganado cargos electivos como miembros de las listas del Partido Socialista. Los ataques habían sido mutuos, y la creación de la CGT sólo había ocultado los antagonismos existentes.

En diciembre de 1935 tuvo lugar una crisis que cambió el aspecto de la confederación. Como las tensiones crecían, y final-

mente se puso fecha para celebrar el postergado congreso que fijaría la estructura de la organización, los *sindicalistas* que tenían el control de la CGT enviaron delegados en una gira por el interior. El objetivo no declarado era hacer campaña a favor de los candidatos *sindicalistas* para las próximas elecciones internas de la Unión Ferroviaria; esto amenazaba trastornar el delicado equilibrio político dentro de ese sindicato. Los socialistas respondieron con un golpe, haciéndose del poder en la CGT y reconstituyendo los organismos de control. La violencia fue mínima, pero el sueño de la unidad se hizo pedazos. De los acontecimientos surgieron dos CGT: una, con predominio *sindicalista* y sede en el local de los trabajadores telefónicos; otra, socialista, que operaba desde la Unión Ferroviaria. Pareció entonces que este último sindicato se quebraría siguiendo las mismas líneas: los grupos en lucha en la Unión Ferroviaria respaldaban a sus colegas ideológicos en la Confederación, y eran ferroviarios quienes encabezaban ambas CGT. Sin embargo, el objetivo de la unidad se mostró demasiado fuerte entre los ferroviarios, y por un tiempo los *sindicalistas* volvieron a la Unión Ferroviaria.

Con la Unión Ferroviaria apoyando a la CGT socialista, los *sindicalistas* quedaron marginados. Esta central declaraba unos 262.630 miembros hacia julio de 1936; el número real de cotizantes era en verdad algo más bajo, pero es razonable suponer que la exageración era casi la misma para todas las organizaciones. La CGT que dominaban los socialistas incluía sindicatos tan grandes como la Unión Ferroviaria, que sostenía contar con 100.000 miembros; La Fraternidad, con 15.000; la Federación de Empleados de Comercio con 18.489; la Unión Tranviarios, con 10.000; la Unión Obreros Municipales, con 8.900.

A su vez, la versión *sindicalista* de la CGT tenía sólo 25.095 miembros y dependía de la Federación Obreros y Empleados Telefónicos, de 4.729 miembros, y de la Federación Obrera Marítima, con 6.200. Los *sindicalistas* se habían transformado sólo en una triste reliquia de lo que habían sido en la inmediata posguerra. Hacia 1937, la CGT *sindicalista* devino en la Unión Sindical Argentina, de escasa importancia.

También los acontecimientos internacionales favorecieron a la CGT socialista. En 1935, el Comintern comenzó a cambiar su política; los partidos comunistas fueron urgidos a abandonar la actitud agresiva y sectaria que habían seguido desde fines de los años

veinte, y a buscar aliados en la izquierda y en el centro. Esta política de Frente Popular tuvo en la Argentina un impacto inmediato: en 1935, la confederación sindical comunista —el Comité Nacional de Unidad Sindical Clasista— se disolvió y, un año más tarde, ocurrió lo mismo con los sindicatos comunistas paralelos. Las organizaciones que controlaban los comunistas se incorporaron a la CGT socialista.

## LOS AÑOS INTERMEDIOS

Hacia mediados de la década de 1930 se produjo un cambio profundo en la naturaleza del movimiento obrero; por debajo de él, se ubicaba un conjunto de importantes y amplias transformaciones estructurales. La economía urbana se había recuperado y el proceso de sustitución de importaciones se encontraba avanzado; muchos sectores de la industria se habían modernizado. La existencia de fábricas más grandes y de oportunidades para conseguir mejores empleos abrió la posibilidad para que los trabajadores se mostraran más agresivos. Las huelgas dejaron de ser un mecanismo sólo defensivo, y su número creció. Sindicatos y trabajadores comenzaron a realizar demandas más audaces y, al mismo tiempo, sus huelgas se transformaban en herramientas para intentar organizar amplios sectores de obreros industriales. Junto con ello, se produjo un significativo viraje en los resultados de los conflictos. Según cálculos del DNT, en 1934 los trabajadores sólo habían ganado el 13% de las huelgas realizadas en la Capital, mientras perdían el 73,7%, y en el resto se llegaba a un



*Detención durante la huelga del 23-7-1935.*



acuerdo. Hacia 1936, los trabajadores tenían una expectativa de victoria mucho mayor: en el 31,7% de los conflictos ganaron, sólo perdieron el 42,3% y ese porcentaje siguió bajando.

Los sindicatos con predominio comunista constituyeron el sector más dinámico del movimiento obrero, y el más lanzado a la ofensiva; parecían tener una visión más amplia que las otras organizaciones. Sus oponentes los acusaban de utilizar las huelgas para sus propios fines, y en un sentido la crítica era correcta. Las huelgas dirigidas por comunistas se transformaban en movimientos con dos objetivos: uno, conseguir mejoras para los trabajadores; otro, expandir el sindicato. Los comunistas percibieron que conseguir mejoras significativas para las vidas de amplias mayorías de trabajadores no era ya suficiente para organizar cada una de las fábricas; se trataba ahora de organizar sindicalmente sectores enteros de la industria. De esta manera, las compañías a las que se habían arrancado concesiones no sufrirían la competencia de aquellas en las cuales no había presencia sindical. Simultáneamente, los comunistas registraron la necesidad de obtener la cooperación de los trabajadores no calificados y de las mujeres.

En el período posterior a 1935, los sindicatos en los cuales había una fuerte influencia comunista tuvieron un rápido crecimiento; muchos reunieron diferentes especialidades en un sindicato único por industria. Los comunistas hicieron progresos acelerados entre los trabajadores textiles, metalúrgicos, de la alimentación —especialmente en los frigoríficos— y sobre todo de la construcción. También obtuvieron logros importantes en la industria de la madera, sobre todo en la construcción de muebles, pero el sindicato se separó de los comunistas y fue dominado por disidentes de izquierda, muchos de ellos trotskistas. Por primera vez, se tornaron importantes los sindicatos cuyos miembros trabajaban en fábricas. Esto reflejaba, al menos parcialmente, los cambios en la naturaleza de la economía. Varias de esas organizaciones tenían también alcance nacional, una tendencia que, si bien seguían los comunistas, había sido iniciada por otros; basta recordar el mencionado caso de la Federación de Empleados de Comercio.

La expansión de algunos sindicatos en los que predominaban los grupos comunistas fue espectacular. En 1936, de acuerdo con manifestaciones de la CGT al Departamento Nacional del Trabajo, la Federación Obrera de la Industria de la Carne tenía 500 miembros. Al año siguiente, se formó un nuevo sindicato, la Federación



*Huelga de los obreros de la construcción. Gente con restos de un tranvía incendiado por los huelguistas en la calle Médanos, 7-1-1936.*

Obrera de la Alimentación. Hacia fines de 1942, existían 44 sindicatos que pertenecían a ella, y se trataba de una organización verdaderamente nacional. Un año antes, en 1941, contaba con 19.513 miembros, de los cuales 11.676 pagaban cuotas.

Aun más impresionantes fueron la creación y el desarrollo de la Federación Obrera Nacional de la Construcción, en una industria que había estado dominada por pequeños sindicatos de oficio, dirigidos en buena parte por anarquistas. Los sectores comunistas desplegaron su acción a través de un sindicato de albañiles creado en febrero de 1935; la huelga que sirvió para la organización estalló en octubre de ese año. Desatado por un trágico accidente de trabajo, el movimiento fue de una efectividad aplastante. La violencia, si bien fue una herramienta muy importante, no estuvo dirigida contra las compañías sino contra los rompehuelgas, y buscó afectar al público en general a través de ataques a los tranvías y

acciones por el estilo. La visibilidad de la huelga provocó la intervención del DNT, aunque su intento falló por el rechazo de los empresarios a aceptar los términos propuestos. En enero de 1936, los comunistas organizaron una huelga de solidaridad por 24 horas, que pronto se extendió a 48; a pesar de no recibir el apoyo de la CGT, contó con unos 50.000 participantes, incluyendo taxistas y colectiveros. La violencia fue intensa, especialmente el primer día: trolleys y trenes fueron apedreados, se quemaron ómnibus y fue volcado un tren lechero. Hubo entre cuatro y seis muertos, incluyendo tres policías. Esta violencia produjo el resultado deseado: la intervención del Ministerio del Interior, que tenía capacidad para conseguir una solución acordada. Los albañiles habían recibido el apoyo de la mayoría de los obreros especializados en la construcción, y estaban en vías de crear un sindicato más grande: la huelga y la victoria obrera galvanizaron a los trabajadores y dieron a sus líderes el prestigio necesario para organizarlos sindicalmente.



*Huelga de los obreros de la construcción. En los alrededores de Mataderos la policía reprime a un grupo de huelguistas, 7-1-1936.*

La clave en esa tarea eran los capataces, trabajadores especializados, en muchos casos italianos, que utilizaban sus propios equipos. Una vez que se unían al sindicato, sólo contrataban a sus miembros, creando así verdaderos talleres sindicales, que sólo existieron en la industria de la construcción. De la gigantesca huelga de 1935/1936 surgió la Federación Obrera Nacional de la Construcción, que no sólo tuvo gran fuerza en casi todas las especialidades en Buenos Aires, sino que contó con afiliados en casi todo el país. A pesar de que el gobierno intentó frenar el crecimiento de la organización deportando a algunos líderes clave hacia países europeos gobernados por dictaduras, el sindicato prosperó. Hacia 1941, sólo la Unión Ferroviaria era mayor, y de acuerdo con cálculos de Celia Durruty publicados en 1969, el sindicato de la construcción incluía la mitad de sus miembros potenciales, una hazaña notable en una industria cuyo trabajo era estacional y que se desarrollaba en sitios dispersos.

¿Por qué los sindicatos con preponderancia comunista consiguieron tales éxitos? Los comunistas pusieron los recursos de su partido a disposición de los trabajadores de la mayor fábrica de cada barrio. Endurecida por la represión que soportaba, la amplia red del Partido Comunista permitió a sus militantes sindicales realizar los cruciales contactos dentro de las fábricas y crear las bases de las organizaciones, venciendo con frecuencia el temor obrero a perder el trabajo o a ir a la cárcel. He aquí cómo José Peter, por largo tiempo el líder comunista del sindicato de trabajadores de frigoríficos, describía las acciones:



*Huelga de los obreros de la construcción.  
Un miembro del comité de apoyo a la huelga  
en una escena familiar, 1936.*

“Se volvió de nuevo a los conventillos, a las esquinas, a los restaurantes, a cuanto lugar fuera posible para entablar una conversación o concretar una entrevista. [...] Fue muy valiosa la ayuda que nos prestaron los almaceneros, los lecheros, los repartidores de pan, los vendedores a plazos que recorrían por aquellos tiempos las casas de vecindad, los que por la índole de sus respectivas actividades estaban muy ligados a los obreros de los frigoríficos. Estaban a la orden del día las visitas que realizaban, por ejemplo, los compañeros del ‘Wilson’ trasladándose a la Isla Maciel para establecer contacto con los obreros del ‘Anglo’ y viceversa, siempre en el mismo plan de ampliar los enlaces. Los paseos por la costa, los asados, las pequeñas fiestas organizadas por distintos motivos, hicieron mucho en tal sentido. En ellos, aunque por precaución no se hablara mucho de la organización, se realizaban los trabajos tendientes a ella; distribuíase la propaganda, imponíase de las reivindicaciones más corrientes en cada sección, y vinculábase a nuevos obreros [...] Así, poco a poco, con extrema paciencia, aglutinando voluntades para la defensa de las reivindicaciones, grandes y pequeñas, pero



*Habla el dirigente José Peter en una asamblea de obreros de la carne, 1940.*

siempre sentidas por los obreros y las obreras, se fue construyendo la nueva base sindical”.

Esta táctica permitió sostener la actividad sindical donde, de otro modo, hubiera sido imposible hacerlo.

Los comunistas también fueron auxiliados por su reconocimiento del papel clave que las mujeres tenían en muchas industrias, algo en lo que falló el resto de los grupos. La Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, que dominaban los *sindicalistas*, por ejemplo, hizo muy poco por organizar a las operadoras, desatendiéndolas por considerarlas miembros de la clase media. Sin embargo, a corto plazo eran precisamente las operadoras quienes podían alterar el servicio telefónico y no los hombres, que en su mayoría realizaban instalaciones y reparaciones. En la industria textil, buena parte de la mano de obra era femenina, si bien el porcentaje tendió a decrecer a lo largo de la década. Los comunistas, a diferencia de sus rivales socialistas, advirtieron que no podrían organizar esa industria sin el respaldo activo de las mujeres. Los socialistas siempre habían dependido de los trabajadores calificados, mayoritariamente hombres; en cambio, los comunistas abordaron los problemas femeninos dentro de la fábrica, reclamando igual pago por igual trabajo y haciendo campaña por la enmienda de la ley de maternidad para hacerla más favorable a las trabajadoras. El sindicato examinaba asuntos de interés para las mujeres, y el aparato del partido se encargó de que ellas tuvieran un lugar en los ámbitos de toma de decisiones. Así, Ida Pechini formó parte de la Comisión Directiva, mientras que Dora Genkin representó al sindicato en un congreso de la CGT. Estas acciones ayudaron a convocar a un gran número de mujeres, lo que era esencial para la organización sindical.

Con una percepción igualmente correcta de la naturaleza de la industria, la Unión Obrera Textil, liderada por comunistas, procuró llevar adelante convenios por sector. Si los acuerdos eran por fábrica, razonaban, los empresarios que los firmaran tendrían costos laborales más altos y serían vulnerables a la competencia de las compañías que no habían acordado; en cambio, si sectores completos de la industria firmaban convenios ese tipo de competencia no se produciría e incluso los empresarios podían ser favorables a otorgar ligeros aumentos de salarios. El sindicato textil fue capaz de conseguir la firma de varios de esos contratos. Sin embargo, su

existencia no significaba que los trabajadores pudieran opinar demasiado acerca de las condiciones de trabajo en la fábrica, ya que era imposible hacer cumplir lo acordado, salvo en aquellos lugares donde los trabajadores tenían fuerza suficiente para garantizarlo por sí mismos. Hasta las leyes que regulaban las condiciones de trabajo eran ignoradas con frecuencia, en particular fuera de Buenos Aires, y sólo los trabajadores altamente calificados tenían capacidad real para controlar sus condiciones de trabajo.

El ascenso comunista fue además favorecido por el infortunio de otros grupos. Los anarquistas y los *sindicalistas* habían sido marginados. La ayuda que el Partido Socialista podía brindar a los sindicatos declinó cuando su importancia en el sistema político comenzó a disminuir, con el levantamiento de la abstención de la Unión Cívica Radical en 1935. Luego de las elecciones de 1938 y 1940, el socialismo sólo retuvo cinco bancas en Diputados. El neoconservadurismo había dejado de necesitar al PS para otorgar legitimidad al sistema, y no tuvo ya razones para complacerlo. La Federación de Empleados de Comercio, por ejemplo, pasó buena parte del período posterior a 1935 tratando de proteger los logros que había alcanzado previamente en la arena legislativa. Su única iniciativa nueva fue un plan de jubilaciones que, a pesar de una campaña que recordaba las de años anteriores, exitosas, fue aprobada con mucha dificultad en Diputados y nunca se trató en Senadores.

Tampoco estaba el Partido Socialista en condiciones de proporcionar el mismo tipo de ayuda organizativa que los comunistas, o no estaba dispuesto a hacerlo. Para ser justos con el PS, muchos dirigentes obreros afiliados eran casi *sindicalistas* en su rechazo a la intromisión de la política en sus organizaciones, prefiriendo permanecer independientes y limitando, de ese modo, el auxilio que el partido podía darles. Por otra parte, el PS se debilitó en 1936 por una escisión de su ala izquierdista y juvenil, que fundó el Partido Socialista Obrero, aunque esa circunstancia no tuvo impacto en el movimiento sindical.

Los grupos que no estaban vinculados al Partido Comunista sufrieron también un golpe, a raíz de una disputa ocurrida en la Unión Ferroviaria. En 1938, reactualizando el viejo conflicto, los *sindicalistas* se fueron del sindicato, formando la Federación Obreros y Empleados Ferroviarios. Tenían el apoyo activo del gobierno de Ortiz, que había sostenido buenas relaciones con el ala *sindicalis-*

ta de los ferroviarios mientras había sido ministro de Obras Públicas de Alvear. Ortiz necesitaba desesperadamente hallar aliados políticos, dado que su cambio de línea, que ahora se dirigía contra los mecanismos del fraude electoral, había cortado los lazos con quienes lo habían llevado al poder; el presidente buscaba un sindicato que pudiera ser su aliado. Sin embargo, la escisión sólo incrementó la inquietud laboral en los ferrocarriles: los dos sindicatos compitieron por el favor de grupos de trabajadores que ya estaban descontentos, y les fue difícil establecer disciplina alguna. Los resultados no fueron los que la administración deseaba, y bajo presión del gobierno la nueva organización se disolvió en 1940.

Estos procesos tenían lugar en una sociedad en la cual las tensiones se estaban haciendo muy fuertes, lo que reflejaba, en parte, el colapso del consenso liberal que había dominado el pensamiento de la elite política desde al menos la segunda mitad del siglo XIX. La búsqueda de nuevas ideologías y fórmulas políticas se había acelerado con la aparición del fascismo, la depresión y luego el ascenso nazi. En la izquierda, los roces se atenuaron cuando en 1935 el Partido Comunista adoptó la estrategia de Frente Popular, que aunque nunca fue creado formalmente, por la reticencia de radicales y socialistas, hizo posible un espíritu de cooperación. Si bien las suspicacias se mantenían, los adherentes de muchas tendencias ideológicas del movimiento obrero lograron colaborar entre sí. El punto más alto de esta cooperación, desde el punto de vista simbólico, fue la manifestación del Primero de Mayo de 1936, patrocinada en conjunto por el PC, el PS, la UCR y la mayor de las dos versiones de la CGT. La política comunista de aliento a la creación de una coalición de centroizquierda, aunque frustrada, les permitió hacer uso de la intervención estatal para solucionar problemas laborales: los comunistas se presentaron como líderes responsables, que trataban de evitar las huelgas constantes a través de la firma de contratos por sectores de la industria. Ortiz y Fresco, por momentos, encontraron atractiva la posibilidad, ya que ofrecía paz social; ambos se mostraron dispuestos a soportar el crecimiento de los sindicatos comunistas que tuvo lugar después.

El espíritu de solidaridad dentro del movimiento obrero y de la izquierda en general se vio fortalecido, además, por un acontecimiento externo: la guerra civil en España. En el movimiento obrero se manifestó un raro sentido de unidad, y sindicatos y trabajadores abrazaron con fervor la causa de la República. Los periódicos





*Integrantes de una comisión de la CGT, principios de la década de 1940.*

cos sindicales, como *CGT*, siguieron de cerca el esfuerzo de guerra, mientras los sindicatos aportaban sumas relativamente considerables a los republicanos. Más importante aún fue la extensión del sentimiento de que existía una misión por cumplir, y de que se estaban viviendo tiempos peligrosos.

Ese clima permitió a socialistas y comunistas postergar sus sospechas mutuas y cooperar dentro de la *CGT* y en otros ámbitos, favoreciendo aun más el desarrollo de grandes y fuertes sindicatos en la industria, y su organización allí donde no habían existido. Los sindicatos comenzaban a ser mayores, cubrían áreas geográficas más vastas y a menudo representaban también a los trabajadores no especializados. Su envergadura y sus tácticas hicieron que tanto los gobiernos como los empresarios se mostraran más favorables a la negociación. A diferencia de las grandes organizaciones de tiempos anteriores, como la Unión Ferroviaria y la Federación Obrera Marítima, los de mediados de los años treinta no agru-

paban a trabajadores de sectores estratégicos, muy visibles y con capacidad para dañar rápidamente la economía cortando el circuito comercial de exportación-importación. Era éste un nuevo tipo de sindicato, cuyo modelo pudo haber sido la Unión Ferroviaria, pero que en muchos aspectos fue precursor de los sindicatos industriales modernos que emergieron luego de 1943.

## EL CONFLICTO SE RENUEVA

El clima de cooperación, sin embargo, no duró. La situación política cambió rápidamente, tanto en el mundo como en la Argentina. Buena parte de la atracción suscitada por el Partido Comunista a mediados de los años treinta se había basado en su incondicional repudio al fascismo y en su esfuerzo por crear una coalición que lo bloqueara. Pero esa posición fue abandonada tras el pacto entre Hitler y Stalin, firmado en agosto de 1939. Luego de algunas dudas, el Partido Comunista abandonó sus intentos



*Mitin del Partido Comunista, 6-11-1940.*

de colaboración con el resto de las fuerzas de centroizquierda, virando de una posición antialemana a otra de neutralidad beligerante y antiimperialista, lo que significaba tomar posición contra los Estados Unidos y contra Gran Bretaña. Los sindicatos comunistas adoptaron tácticas particularmente agresivas contra firmas de esos orígenes, y esa política creó problemas con los socialistas, que eran fervorosamente pro aliados. Para estos últimos, el cambio de táctica confirmó la sospecha de que los comunistas habían sido poco sinceros desde un principio.

La situación política interna se hizo también más compleja. A mediados de 1940, Castillo, a cargo de la presidencia, cambió de dirección retornando al fraude y comenzando un lento proceso de recorte de las libertades civiles, que hizo cada vez más difícil la actividad sindical. Castillo promovió también vigorosas políticas anticomunistas.

Los choques dentro del movimiento sindical reaparecieron después del cambio de táctica comunista. Hacia mediados de 1940, por ejemplo, los diarios del PC y del PS cambiaban duros ataques contra las posiciones que sobre la guerra sostenía el adversario, y la disputa se extendió hacia el movimiento obrero. Pero hubo también efectos prácticos: la Comisión Administrativa de la CGT expulsó a Andrés Roca del Comité Central a causa de un artículo aparecido en el periódico *El Obrero de la Construcción*, y los enfrentamientos fueron tan serios que el Comité Central de la CGT no se reunió entre mayo de 1940 y octubre de 1942.

En la Unión Obrera Textil, manejada por líderes comunistas, los conflictos dividieron la organización. Un momento clave fue la larga y dura huelga de 1940-1941 contra Ducilo, una gran fábrica de rayón, propiedad conjunta de la Imperial Chemical, de origen británico, y la norteamericana Du Pont. Los adversarios del sindicato denunciaron que se estaba usando la huelga para hacer una exhibición de antiimperialismo; en otras palabras, que el sindicato estaba realizando un ejercicio de gimnasia revolucionaria. El abogado del sindicato, socialista, renunció en medio de la huelga; a su vez, el sindicato acusó a la CGT de no aportar ayuda suficiente, y la CGT rompió todo contacto con la organización. Hacia mediados de 1941, los dirigentes socialistas que habían dejado el sindicato textil formaron su propia organización.

A lo largo de la era del Frente Popular, entre 1935 y 1939, los sindicatos comunistas habían buscado regularmente, y con mayor



*Enrique Dickmann (centro) rodeado de obreros de la fábrica Ducilo,  
19 de noviembre de 1940.*

asiduidad que sus rivales, el auxilio del gobierno; algunas veces, lo recibieron. Sin embargo, los gobiernos de la provincia de Buenos Aires posteriores a la intervención promovida por Ortiz demostraron menos interés que su predecesor en los problemas laborales. El gobierno de Castillo tenía todavía menos razones para atender al movimiento obrero, dado que dependía del fraude y era fuertemente anticomunista. A la actitud más agresiva de los sindicatos comunistas en 1941 respondió con el corte de todo contacto entre el DNT y las organizaciones obreras de textiles y de la construcción, dirigidas por activistas de esa orientación. La medida las dejó sin ninguna capacidad para conseguir mediaciones ante las patronales. La CGT intentó restablecer la relación entre los sindicatos y el Departamento, pero fracasó; habida cuenta de la mala relación entre la dirigencia de la Confederación y los comunistas, debe asumirse que la gestión no fue muy fervorosa.

La cambiante situación mundial volvió a alterar, una vez más, las relaciones en el movimiento obrero, mientras simultáneamente Castillo se consolidaba en el poder, avanzando aun más en la restricción de las libertades públicas. La invasión alemana a la Unión Soviética, en agosto de 1941, produjo un cambio inmediato en las tácticas del Partido Comunista. Lo rápido de esta modificación, comparada con la lenta conversión de 1939, lleva a suponer que la oposición a los nazis era notoriamente más popular en el partido que la neutralidad beligerante.

Una vez más, los comunistas pusieron énfasis en la creación de alianzas del centro a la izquierda; la meta principal del partido era ahora ganar la guerra, y asegurar que los productos estratégicos llegaran a los aliados. En ocasiones, el PC puso más empeño en alcanzar estos objetivos que en obtener beneficios para los trabajadores: era una posición difícil de sostener, con militantes de un partido de izquierda que defendían políticas beneficiosas para el esfuerzo de guerra, y quizá para el país, pero no para los trabajadores involucrados. Dentro de la Unión Ferroviaria, por ejemplo, la facción liderada por los comunistas se opuso a un aumento de salarios que se basaba en el establecimiento de tarifas de fletes más altas, argumentando que traería inflación. De acuerdo con Mario Rapoport, José Peter, dirigente de los trabajadores de los frigoríficos, dirigió una carta al embajador británico por la cual manifestaba que estaba dispuesto a terminar un conflicto para auxiliar a los aliados.

Sin embargo, el restablecimiento de la colaboración en el movimiento obrero no era posible. En ciertas organizaciones, como la textil, los antagonismos habían ido demasiado lejos como para ser ignorados. Más importante que ellos era el hecho de que el choque que comenzó en 1940 en la Unión Ferroviaria se había extendido a otras organizaciones. El sindicato ferroviario fue escenario de una rebelión a gran escala contra la dirección de Domenech y sus aliados, entre los que se destacaba Luis González, quienes controlaban además la CGT. Nominalmente, los dos eran socialistas, aunque no miembros del partido —Domenech se había alejado en 1925 y no retornó a él hasta 1942—, y sin embargo tenían una visión casi *sindicalista* del rol de los partidos en el movimiento obrero. Dirigían su sindicato con mano dura, permitiendo apenas el disenso. Sin duda, esta situación creaba problemas, pero lo decisivo era que los ferroviarios hubieran sido forzados a soportar varias formas de rebajas de sus sueldos. El sindicato había hecho,

en general, un buen trabajo protegiendo a sus miembros, pero la industria había sido golpeada por la depresión y la creciente competencia del transporte automotor, y los dirigentes cargaron con la culpa.

Los comunistas pudieron movilizar a las bases descontentas porque tuvieron la ayuda de los radicales. Todos los observadores coincidían en que la mayoría de los ferroviarios eran radicales, pero dentro del sindicato votaban por dirigentes cuyas lealtades políticas estaban en otro sitio, pues en ese ámbito estaban interesados en el desempeño sindical y no en la filiación política. Por estos años, los radicales comenzaron a actuar en los ferrocarriles y dieron cobertura, respetabilidad y apoyo a los comunistas; estos últimos, por su parte, aportaron dirigentes con experiencia, habilidades organizativas y empuje. Utilizando el descontento de las bases, y a pesar de las expulsiones, la intervención de secciones y otras medidas disciplinarias, las dos fuerzas desafiaron al *establishment* sindical ferroviario. En 1942, en la elección interna de un candidato para la Caja de Jubilación, única competencia electoral que involucraba a todo el sindicato, la alianza radical-comunista eligió presentar al jefe de la organización radical de los ferroviarios, Julio Duró Ameghino. Su candidatura estuvo cerca del triunfo, y quienes lo apoyaron denunciaron fraude. Un año más tarde, la misma alianza lo presentó como candidato, contra el oficialismo de la Unión Ferroviaria. La elección tuvo lugar apenas después del golpe del 4 de junio de 1943, y Duró Ameghino ganó. Estaba claro hacia dónde se inclinaba la balanza. El desafío al control de Domenech se extendió a la CGT, que también era manejada con mano dura. En este punto, conviene detenerse a analizar las actitudes del gobierno y los cambios en la naturaleza de los sindicatos.

## ANTES DEL PERONISMO

Castillo hizo todavía más duras las restricciones a la actividad gremial y a las libertades: en diciembre de 1941, declaró el estado de sitio. El hostigamiento se centró en los comunistas, que estaban en riesgo permanente de ser arrestados, pero todos los grupos sindicales tuvieron problemas.

Esas restricciones, y las peleas internas, hicieron difícil que los

sindicatos funcionaran normalmente. Los mítines y manifestaciones eran menos frecuentes, y a menudo la policía denegaba el permiso; cuando lograban reunirse, existía el riesgo de que estallaran altercados entre los grupos internos. En 1938 hubo 7.317 reuniones sindicales en Buenos Aires, mientras que en 1941 habían caído a 3.776, y a 3.610 un año más tarde. El número de los concurrentes también cayó, de 466.136 en 1938 a 283.147 en 1942.

Hacia 1941, el Departamento Nacional del Trabajo levantó un censo sindical. De acuerdo con sus cálculos, 441.412 trabajadores pertenecían a los sindicatos; esta cifra representaba un crecimiento del 19,3 % desde 1936. Sin embargo, este crecimiento del número de obreros sindicalizados había aumentado apenas más rápidamente que el conjunto de la fuerza de trabajo, en el marco de una expansión veloz de la economía urbana. Todavía por entonces, sólo el 12% de la fuerza de trabajo no rural estaba sindicalizada. La CGT era, claramente, la confederación dominante: a ella pertenecía el 75% de los miembros de sindicatos. La



*Dirigentes de La Fraternidad, 12-2-1942.*

Unión Sindical Argentina, *sindicalista*, sólo tenía el 3,3% de las afiliaciones; los sindicatos católicos, el 3%, y los independientes alrededor del 19%.

A su vez, la existencia de un nuevo tipo de organización obrera se hacía evidente. Los sindicatos del transporte eran todavía importantes: la Unión Ferroviaria sostenía tener 90.000 miembros de los que cotizaban 67.668; la Unión Tranviarios, 13.000 y 11.717, respectivamente; y La Fraternidad, 12.795 miembros. Pero había grandes sindicatos, que en algunos casos eran de alcance nacional y agrupaban a obreros industriales, en otras esferas. La Federación Obrera Nacional de la Construcción manifestaba contar con 58.680 miembros; la Confederación Nacional de Empleados de Comercio, 35.000; la Federación Obrera de la Alimentación, 19.513. Existían también importantes organizaciones entre los textiles, los municipales y los estatales.

Sin embargo, la Unión Ferroviaria todavía dominaba la CGT. Tal predominio no se correspondía ya con el tamaño del sindicato, y molestaba profundamente a muchos dirigentes, contribuyendo a alimentar una fuerte acción de oposición dentro de la Confederación, cuya conducción no reconocía las transformaciones ocurridas. La dirigencia de la Unión Ferroviaria aún creía que habría de controlar la Confederación, rehusándose a admitir que su sindicato ya no era mucho más grande y poderoso que otras organizaciones obreras. Los líderes de los ferroviarios señalaban regularmente que la Unión Ferroviaria era la "columna vertebral" de la CGT o del movimiento obrero. Fue esta actitud la que posibilitó que la lucha por el control que ya estaba librándose en el sindicato ferroviario se extendiera tan fácilmente hacia la CGT. Los comunistas y sus aliados radicales no hubieran podido, por sí solos, amenazar el control que la Unión Ferroviaria ejercía en la CGT. Fue necesario que se les unieran dirigentes con una visión cercana a la socialista, que deseaban comprometer más directamente a la confederación sindical en la política y que al mismo tiempo buscaban ejercer una mayor influencia en la central obrera.

Las figuras clave en este movimiento fueron Francisco Pérez Leirós, por largo tiempo jefe de los trabajadores municipales de la Capital, y su colega de los empleados de comercio, Ángel Borlenghi. Ambos eran políticamente ambiciosos y cuestionaban el control de los ferroviarios sobre la CGT. Pérez Leirós había sido elegido diputado cuatro veces como candidato socialista, y





*Francisco Pérez Leirós (tercero de la izquierda) en la Unión de Obreros Municipales, 1939.*

había dominado su sindicato casi desde el momento de su fundación; era uno de los jefes sindicales de mayor influencia dentro del Partido Socialista. Borlenghi, luego alto funcionario del peronismo, era un hábil operador político, como lo probaba su éxito en impulsar la aprobación de leyes laborales, pero en las listas socialistas nunca había figurado en lugares que le permitieran ganar un cargo. Era también demasiado independiente y demasiado popular, y la dirigencia del partido recelaba sin duda de su autonomía potencial. Por otra parte, era también una persona llamativa, de acuerdo con los espartanos gustos partidarios de esa época: se vestía bien, en su despacho se permitía algunos lujos, y tenía cierta reputación de mujeriego.

Pérez Leirós y Borlenghi se unieron a los ataques de los disidentes contra el poder establecido, tanto en la CGT como en la Unión Ferroviaria. El PS nunca tomó una clara posición ante el conflicto, y sus militantes operaban en ambos bandos. Los disi-

dentes ferroviarios obtuvieron apoyo de todas las agrupaciones políticas importantes, incluidos los conservadores.

En la CGT, el conflicto fue muy fuerte: la reunión del Comité Central Confederal de octubre de 1942 y el congreso que se celebró dos meses después fueron verdaderas trifulcas. De un lado se alineaban radicales, comunistas, y los socialistas más “políticos”; del otro, Domenech y la jerarquía sindical ferroviaria, a los que se sumaban algunos aliados como los tranviarios. Las facciones no podían convivir en la misma organización: cuando el Comité Central se reunió para elegir cargos en marzo de 1943, ocurrió lo que era casi inevitable. Quienes tenían el control presentaron la lista número 1, encabezada por Domenech, mientras los disidentes presentaban la lista número 2, que postulaba a Pérez Leirós. La Unión Ferroviaria había ya expurgado su delegación de aquellos que no se habían comprometido a votar a Domenech; no obstante, un miembro de la UCR llamado Marcos Lestelle votó por la lista 2, dándole la victoria por un voto. La reunión fue entonces suspendida, Lestelle fue reemplazado y en una nueva votación ganó, desde



Asamblea de trabajadores metalúrgicos en el Luna Park, mayo de 1942.

ya, la lista 1 de Domenech. Los perdedores se rehusaron a aceptar la legalidad de la votación, y quedaron organizadas dos versiones de la CGT. La CGT número 1 tenía el apoyo de la Unión Ferroviaria, los tranviarios y algunos otros sindicatos más pequeños. La CGT número 2 incluía a las organizaciones obreras con direcciones comunistas, a las que se agregaban los empleados de comercio, los municipales y La Fraternidad.

Los rencores se hicieron más profundos, y los códigos de conducta vigentes durante décadas fueron quebrados: los ferroviarios disidentes operaban desde el local de los trabajadores municipales; la CGT número 1 apoyó un movimiento disidente entre los textiles, y ayudó a crear una organización, la Unión Obrera Metalúrgica, que se separó del sindicato dominado por los comunistas. Durante los meses anteriores al golpe militar de 1943, las organizaciones sindicales estuvieron ocupadas en sus disputas internas; en cualquier caso, la actividad sindical se tornaba cada vez más difícil, ya que la presión policial iba en aumento.

¿Qué hubiera ocurrido con el movimiento obrero si el golpe militar no se producía y Perón no llegaba al poder? Es imposible decirlo con alguna precisión. Por una parte, está claro que el movimiento obrero era, a comienzos de la década de 1940, mucho más poderoso que en 1930. Su estructura había cambiado, y existían varios sindicatos grandes y fuertes, que actuaban a escala nacional. Sin embargo, había un alto grado de frustración en la dirigencia y, quizá, también en las bases. La sindicalización y las actividades organizativas habían hecho poco más que seguir la expansión de la economía urbana. Los sindicatos no habían tenido éxito, en la mayoría de los casos, en la tarea de auxiliar a los trabajadores a enfrentar la inflación, creciente a causa de la guerra, y mucho menos en la de mejorar la situación general. Otros deseos, como el de hacer cumplir las leyes laborales vigentes y el de crear sistemas jubilatorios, parecían apenas sueños lejanos. En casi todas las industrias, los trabajadores tenían poco control sobre la situación en la propia fábrica; los convenios que fijaban condiciones de trabajo, allí donde los había, valían poco más que el papel en el que estaban escritos, salvo que el sindicato tuviera fuerza suficiente para hacer que fueran respetados. La convicción de que el papel del Estado era crucial en la organización de los obreros no calificados y semicalificados crecía: se estimaba que sólo con el auxilio del gobierno se podría forzar a los empresarios a hacer

concesiones. Por lo tanto, la política asumía una gran importancia, dado que en casi todas partes los sindicatos estaban tratando de organizar a aquel tipo de trabajadores. El carácter semiautoritario del sistema político, sin embargo, hacía complicada cualquier relación del movimiento obrero con el Estado.

Hacia 1943, las dos fuerzas principales del movimiento sindical reconocían la importancia de la política, pero diferían en el modo de aproximación a ese mundo. Existen evidencias de que los líderes de la CGT número 1 deseaban crear algún tipo de partido laborista o de trabajadores; eso fue lo que ocurrió luego, cuando en 1945 se creó el Partido Laborista, aunque la agrupación perdería rápidamente su independencia y sería finalmente disuelta, eclipsada por la figura de Perón. Esta solución podría haber hecho del movimiento obrero argentino uno parecido al inglés.

La alternativa elegida, en cambio, por quienes se alineaban en la CGT número 2 era establecer, entre los sindicatos y el sistema político, lazos mucho más estrechos que los existentes, a través de la vinculación con los partidos de izquierda que ya funcionaban. Este modelo podría haberse asemejado al chileno o a los del sur de Europa. Si no hubieran acontecido cambios más dramáticos, es probable que éste hubiera sido el resultado, dado que los disidentes parecían a punto de tomar el control de la todavía decisiva Unión Ferroviaria.

Traducción de Alejandro Cattaruzza.

## BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, Diego. "El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930", *Revista de Historia*, Buenos Aires. Nº 3 (1er. trimestre. 1958), pp. 123-132.

Del Campo, Hugo. *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires. 1983.

Durruty, Celia. *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, 1969.

Gay, Luis. *El Partido Laborista en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

Gómez, Rufino. *La gran huelga petrolera de Comodoro Rivadavia (1931-1932)*, Buenos Aires, 1973.

Horowitz, Joel. *Argentine Unions, the State and the Rise of Perón, 1930-1945*, Berkeley, 1990.

———. "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 99, 25 (oct./dic. 1985), 421-446.

Korzeniewicz, Roberto P. "Labor Unrest in Argentina, 1930-1943", *Latin American Research Review* 28, 1 (1993), pp. 7-40.

Lobato, Mirta Zaida. "La mujer trabajadora en el siglo XX: un estudio de las industrias de la carne y textil en Berisso, Argentina", en *Mujer, trabajo y ciudadanía*. Buenos Aires, 1995, 13-71.

Matsushita, Hiroshi. *El movimiento obrero argentino, 1930-1945: sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1983.

Peter, José. *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, 1968.

Potash, Robert A. *El ejército y la política en la Argentina, vol. I: 1928-1945: de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

Rapoport, Mario. *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas; 1940-1945*, Buenos Aires, De Belgrano, 1980.

Torre, Juan Carlos (comp.). *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

———. *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.